

Poemas

Alejandra Pizarnik | Olga Orozco | Alfonsina Storni



Pasión por leer

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Cuarto solo

ALEJANDRA PIZARNIK

Si te atreves a sorprender
la verdad de esta vieja pared;
y sus fisuras, desgarraduras,
formando rostros, esfinges,
manos, clepsidras,
seguramente vendrá
una presencia para tu sed,
probablemente partirá
esta ausencia que te bebe.

Fiesta

ALEJANDRA PIZARNIK

He desplegado mi orfandad
sobre la mesa, como un mapa.
Dibujé el itinerario
hacia mi lugar al viento.
Los que llegan no me encuentran.
Los que espero no existen.

Y he bebido licores furiosos
para transmutar los rostros
en un ángel, en vasos vacíos.

“Cuarto solo”, “Fiesta”, “Devoción” y “Cantora nocturna” de Alejandra Pizarnik
en *Obras completas*

© Ediciones Corregidor

“Si me puedes mirar” de Olga Orozco en *Obra poética*

© Ediciones Corregidor

“Hombre pequeñito” de Alfonsina Storni

Imagen de tapa: Mercedes Ruggiero

Diseño y edición: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, 2004

Devoción

ALEJANDRA PIZARNIK

Debajo de un árbol, frente a la casa, véase una mesa y sentadas a ella, la muerte y la niña tomaban el té. Una muñeca estaba sentada entre ellas, indeciblemente hermosa, y la muerte y la niña la miraban más que al crepúsculo, a la vez que hablaban por encima de ella.

–Toma un poco de vino –dijo la muerte.

La niña dirigió una mirada a su alrededor, sin ver, sobre la mesa, otra cosa que té.

–No veo que haya vino –dijo.

–Es que no hay –contestó la muerte.

–¿Y por qué me dijo usted que había? –dijo.

–Nunca dije que hubiera sino que tomes –dijo la muerte.

–Pues entonces ha cometido usted una incorrección al ofrecérmelo –respondió la niña muy enojada.

–Soy huérfana. Nadie se ocupó de darme una educación esmerada –se disculpó la muerte.

La muñeca abrió los ojos.

Cantora nocturna

ALEJANDRA PIZARNIK

Joe, macht die Musik von damals nacht...

La que murió de su vestido azul está cantando. Canta imbuida de muerte al sol de su ebriedad. Adentro de su canción hay un vestido azul, hay un caballo blanco, hay un corazón verde tatuado con los ecos de los latidos de su corazón muerto. Expuesta a todas las perdiciones, ella canta junto a una niña extraviada que es ella: su amuleto de la buena suerte. Y a pesar de la niebla verde en los labios y del frío gris en los ojos, su voz corroe la distancia que se abre entre la sed y la mano que busca el vaso. Ella canta.

a Olga Orozco

Si me puedes mirar

OLGA OROZCO

Madre: es tu desamparada criatura quien te llama,
quien derriba la noche con un grito y la tira a tus pies como
un telón caído
para que no te quedes allí, del otro lado,
donde tan sólo alcanzas con tus manos de ciega a descifrarme
en medio de un muro de fantasmas hechos de arcilla ciega.
Madre: tampoco yo te veo,
porque ahora te cubren las sombras congeladas del menor
tiempo y la mayor distancia,
y yo no sé buscarte,
acaso porque no supe aprender a perderte.
Pero aquí estoy, sobre mi pedestal partido por el rayo,
vuelta estatua de arena,
puñado de cenizas para que tú me inscribas la señal,
los signos con que habremos de volver a entendernos.
Aquí estoy, con los pies enredados por las raíces de mi sangre
en duelo,
sin poder avanzar.
Búscame entonces tú, en medio de este bosque alucinado
donde cada crujido es tu lamento,
donde cada aleteo es un reclamo de exilio que no entiendo,
donde cada cristal de nieve es un fragmento de tu eternidad,
y cada resplandor, la lámpara que enciendes para que no me
pierda entre las galerías de este mundo.
Y todo se confunde.

Y tu vida y tu muerte se mezclan con las mías como las
máscaras de las pesadillas.
Y no sé dónde estás.
En vano te invoco en nombre del amor, de la piedad o del
perdón,
como quien acaricia un talismán,
una piedra que encierra esa gota de sangre coagulada capaz
de revivir en el más imposible de los sueños.
Nada. Solamente una garra de atroces pesadumbres que
descorre la tela de otros años
descubriendo una mesa donde partes el pan de cada día,
un cuarto donde alisas con manos de paciencia esos pliegues
que graban en mi alma la fiebre y el terror,
un salón que de pronto se embellece para la ceremonia de
mirarte pasar
rodeada por un halo de orgullosa ternura,
un lecho donde vuelves de la muerte sólo por no dolernos
demasiado.
No. Yo no quiero mirar.
No quiero aprender otra vez el nombre de la dicha en el
momento mismo en que roen su rostro los enormes
agujeros,
ni sentir que tu cuerpo detiene una vez más esa desesperada
marea que lo lleva,
una vez más aún,
para envolverme como para siempre en consuelo y adiós.
No quiero oír el ruido del cristal trizándose,
ni los perros que aúllan a las vendas sombrías,
ni ver cómo no estás.

Madre, madre, ¿quién separa tu sangre de la mía?,
¿qué es eso que se rompe como una cuerda tensa golpeando
las entrañas?,
¿qué gran planeta aciago deja caer su sombra sobre todos los
años de mi vida?
¡Oh, Dios! Tú eras cuanto sabía de ese olvidado país de
donde vine,
eras como el amparo de la lejanía,
como un latido en las tinieblas.
¿Dónde buscar ahora la llave sepultada de mis días?
¿A quién interrogar por el indescifrable misterio de mis
huesos?
¿Quién me oirá si no me oyes?
Y nadie me responde. Y tengo miedo.
Los mismos miedos a lo largo de treinta años.
Porque día tras día alguien que se enmascara juega en mí a las
alucinaciones y a la muerte.
Yo camino a su lado y empujo con su mano esa última puerta,
esa que no logró cerrar mi nacimiento
y que guardo yo misma vestida con un traje de centinela
funerario.
¿Sabes? He llegado muy lejos esta vez.
Pero en el coro de voces que resuenan como un mar
sepultado
no está esa voz de hoja sombría desgarrada siempre por el
amor o por la cólera;
en esas procesiones que se encienden de pronto como bujías
instantáneas

no veo iluminarse ese color de espuma dorada por el sol;
no hay ninguna ráfaga que haga arder mis ojos con tu olor
a resina;
ningún calor me envuelve con esa compasión que infundiste
a mis huesos.
Entonces, ¿dónde estás?, ¿quién te impide venir?
Yo sé que si pudieras acariciarías mi cabeza de huérfana.
Y sin embargo sé también que no puedes seguir siendo tú
sola,
alguien que persevera en su propia memoria,
la embalsamada a cuyo alrededor giran como los cuervos unos
pobres jirones de luto que alimenta.
Y aunque cumplas la terrible condena de no poder estar cuando
te llamo,
sin duda en algún lado organizas de nuevo la familia,
o me ordenas las sombras,
o cortas esos ramos de escarcha que bordan tu regazo para
dejarlos a mi lado cualquier día,
o tratas de coser con un hilo infinito la gran lastimadura de mi
corazón.

Hombre pequeño

ALFONSINA STORNI

Hombre pequeño, hombre pequeño,
suelta a tu canario, que quiere volar...
Yo soy el canario, hombre pequeño,
déjame saltar.

Estuve en tu jaula, hombre pequeño,
hombre pequeño, qué jaula me das.
Digo pequeño porque no me entiendes
ni me entenderás.

Tampoco te entiendo, pero mientras tanto
ábreme la jaula, que quiero escapar;
Hombre pequeño, te amé media hora,
no me pidas más.

Alejandra Pizarnik

Nació en Buenos Aires, el 29 de Abril de 1936, en el seno de una familia de inmigrantes de Europa oriental. Estudió filosofía y letras en la Universidad de Buenos Aires, y también pintura con Juan Batlle Planas. Entre 1960 y 1964, vivió en París, donde realizó importantes traducciones. Estudió Historia de la religión y literatura francesa en la Sorbona. Luego de su retorno a Buenos Aires publicó tres de sus principales volúmenes, *Los trabajos y las noches*, *Extracción de la piedra de locura* y *El infierno musical*, así como su trabajo en prosa *La condesa sangrienta*. En 1969 recibió la beca Guggenheim y en 1971, la Fulbright. El 25 de septiembre de 1972 puso fin a su vida.

Olga Orozco

Poeta argentina nacida Toay, La Pampa en el año 1920. A los dieciséis años llegó a Buenos Aires donde inició su carrera literaria. Trabajó en el periodismo y dirigió algunas publicaciones literarias. Su obra ha sido traducida a varios idiomas. De su obra merecen destacarse las siguientes publicaciones: *Las muertes* (1951), *Los juegos peligrosos* (1962), *Cantos a Berenice* (1977) y *Con esta boca, en este mundo* (1994). Falleció en el año 1999.

Alfonsina Storni

Nació en Sala Capriasca (cantón suizo del Ticino) el 22 de mayo de 1892. A los cuatro años se trasladó con sus padres a Argentina. Vivió en Santa Fe, Rosario, Buenos Aires y Mar del Plata, ciudad en la que terminó suicidándose el 25 de octubre de 1938. Publicó siete libros de poemas: *La inquietud del rosal* (1916), *El dulce diario* (1918), *Irremediablemente* (1919), *Languidez* (1920), *Ocre* (1925), *Mundo de siete pozos* (1934) y *Mascarilla y trébol* (1938), además una *Antología poética* (1938) que contiene poesías inéditas y un libro de poemas en prosa, *Poemas de amor* (1926).



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA *y* TECNOLOGÍA

Con la colaboración de:



ISO
SUTERH

Venezuela 156
Ciudad Autónoma de Buenos Aires



30° Feria Internacional del Libro

